sería conocido con el nombre de Jesús Nazareno, como efectivamente con tal nombre se le ha conocido hasta nuestros días.

Considera ahora, cristiano, en todo este negocio del destierro á Egipto y regreso de nuestro Señor Jesucristo y de toda la Sagrada Familia á Nazaret, como resplandece la autoridad de San José, la cual Dios, y hasta el mismo Evangelista, parece que se complace en hacer resaltar. Dios no comunica directamente sus órdenes á Jesús ni á María, sino que en todo lo que atañe al gobierno de la Sagrada Familia las comunica al glorioso Patriarca que era la cabeza de ella. En todos estos hechos vemos como una consagración divina de la autoridad de San José; él es quien recibe del cielo por medio de un ángel el aviso de huir á Egipto; á él se le notifica que pueden regresar á su país, y por último á él comunica el ángel directamente que se alejen de Judea y vayan á morar en Galilea.

Respeta también tú, cristiano, á tus superiores, debiendo estar bien convencido de que la divina Providencia se vale de ellos para el gobierno de tu alma, comunicándoles las luces necesarias para

tu bien espiritual. No examines jamás los méritos de tus superiores; Jesús y María eclipsaban por su dignidad y excelencias á San José, y no obstante le obedecían fielmente y se dejaban gobernar por él. Sigue tú también la dirección de los superiores que Dios te ha dado, y no errarás en tu camino.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, San José, haced que descanse siempre en la Providencia de Dios que gobierna nuestra vida.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* en honor del ángel que en nombre de Dios avisaba á San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Jesús aprendiz.

Desde que Jesús, María y José regresaron de Egipto hasta que, siendo el Niño de doce años, fueron al Templo de Jeru

salén á celebrar la Pascua, el Evangelio nada nos refiere de la Sagrada Familia; pero la piadosa consideración de los cristianos, fundada en la ciencia teológica, se complace en contemplar en ese espacio de tiempo una de las épocas más interesantes de la vida del Hijo de Dios hecho hombre, y uno de los oficios más honrosos del glorioso Patriarca San José.

Jesús, en quien, siendo hombre, reposa y habita toda la plenitud de la Divinidad, es la misma Sabiduría del Eterno Padre, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo y la ciencia infinita que jamás se engaña; no obstante, como enseña el Doctor angélico, Santo Tomás de Aquino (Suma Teológica, 3.ª parte, q. IX a. 4), siendo esencial á la naturaleza humana la facultad de aprender por la experiencia, Jesucristo, que quiso ser llamado con gran complacencia suya *Hijo del Hombre,* no debió tener ociosa esta facultad, y así fué adquiriendo conocimiento experimental de las cosas en la edad que acostumbran hacerlo los demás hombres. ¡Oh grandeza de la humildad divina! ¡Oh inefables misterios del amor de Dios á la naturaleza humana, queriendo todo un Dios vestirse de ella

sin que nada le faltase para ser hombre como nosotros! Pero, ¿quién será en el mundo el maestro de la Sabiduría eterna? Es cierto que, según Santo Tomás, parece más propio que, habiendo Jesús venido al mundo para ser maestro de todos, fuese él mismo adquiriendo la ciencia experimental de las cosas, sin que otro hombre le enseñase; mas no por esto se apartará de la verdad quien considere á San José como maestro de Jesucristo, ó digamos más bien al divino Infante como aprendiz del ilustre carpintero de Nazaret en las tareas propias del oficio, en todos aquellos conocimientos que provienen de la experiencia de las cosas del mundo, y hasta en guiar y educar los sentidos corporales de aquel Niño en quien residía la Sabiduría infinita y que iba creciendo y haciéndose hombre lleno de ciencia y gracia, como dice el Evangelista.

Un antiguo y sabio escritor místico de Cataluña (1) nos describe á San José llevando en sus brazos al Niño Jesús y haciéndole aquellas fiestas, juegos y caricias que los padres suelen hacer á sus

(1) Fray Francisco Eximenes en la vida de Jesucristo.

hijitos, cuando, descansando del trabajo, se entregan á disfrutar de la vida de familia; y tú, cristiano, puedes también razonablemente contemplar estos pasos de la vida íntima de la Sagrada Familia, como lo han verificado muchos santos con suavísimo consuelo de su alma, y enriqueciéndose con ello su espíritu de tiernos sentimientos de piedad y religión.

A Dios tanto se le conoce en las cosas grandes y en los actos sublimes de poder, como en las cosas pequeñas y humildes, y á las veces lo encontramos y sentimos mejor en las cosas humildes que el mundo desprecia, que en las grandezas que admiran los filósofos y sabios de la tierra. Sabemos que muchas veces una devocioncita, buena al parecer sólo para mujeres; ha iluminado más el entendimiento de un hombre que las sabias demostraciones de la ciencia humana.

Nuestro Maestro Jesús quiso enseñar sentado en el banco de una carpintería, ó en un poyo ó ribazo de las campiñas de Judea, y no en las cátedras y escuelas de famosas ciudades; y así aun ahora quien quiere penetrar profundamente sus enseñanzas lo ha de buscar en la humildad, en la pobreza, en la sencillez. Allí oirás,

cristiano, la doctrina de salvación; por lo cual, acercándote á la tienda de San José, contempla á su divino aprendiz, abrázalo con todo el afecto de tu alma y pídele que por su Omnipotencia ilumine tu espíritu y te guíe por el camino del cielo.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca, San José, alcanzadme la santa virtud de la humildad para que aprenda la ciencia de la salvación.

OBSEQUIO. Procura dar buen ejemplo y edificación á los que viven ó tratan contigo.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Subida al Templo.

Teniendo en cuenta el espíritu de piedad de San José, ya puedes figurarte, cristiano, cómo cumpliría el santo Pa-

triarca los deberes de religión que imponía la antigua Ley. Por esto el sagrado Evangelista nos hace notar que todos los años subía á Jerusalén para celebrar en el Templo, que era como el corazón de la Religión antigua, los días solemnes de la fiesta de la Pascua. Desgraciadamente muchos padres de familia olvidan sus deberes religiosos, y el mundo va perdiendo la fe porque los hijos que ahora se crían no ven á sus padres aficionados á la práctica de la Religión, antes por el contrario notan que dejan de cumplir sus deberes para con Dios. Creen estos padres que hacen bastante con dar á sus hijos el pan material, ganándoles un capital que les asegure la vida del cuerpo; mas de la vida espiritual, de la práctica de la piedad, que ayuda al hombre á conseguir la felicidad eterna, no se cuidan, sino que además escandalizan á sus hijos con su vergonzosa negligencia.

Al cumplir el Niño Jesús los doce años, San José lo llevó consigo al Templo de Jerusalén para celebrar las fiestas de la Pascua; es decir, que, en cuanto llega á la edad de discreción, se lo asocia para el cumplimiento de los deberes religiosos. El primer maestro de Religión que

ha de tener el hijo ha de ser de su propio padre; entonces las creencias son más firmes, la piedad más arraigada, y cuando viene la hora de las pasiones el joven se encuentra en mejores condiciones para resistirlas. Claro es que nuestro Señor Jesucristo nada de esto necesitaba, pues era santo por naturaleza; pero la Providencia divina que gobernaba de un modo particular todas las acciones de la Sagrada Familia, quiso que de ella pudieran tomar ejemplo todas las familias cristianas en el cumplimiento de todos sus deberes. ¡Cuántos padres en el día de hoy en vez de llevar á sus hijos al templo y enseñarles prácticamente el ejercicio de la piedad cristiana, los llevan á diversiones peligrosas y nocivas, donde lejos de excitarse en sus tiernos corazones el temor de Dios, la modestia de la vida, el espíritu de mortificación, se les excitan las pasiones sensuales, la vanidad, y se les prepara no para Dios, sino para el mundo, que después los perderá y llevará á la desesperación!

Si tú, cristiano, eres padre de familia, ó has de cuidar de la educación de jóvenes, toma por ejemplar y maestro al glorioso Patriarca San José, y desde

pequeñitos enséñales, con tus ejemplos y doctrinas, cómo la vida humana no consiste en divertirse y pasar los días alegremente, sino en el trabajo, en el dominio de las propias pasiones y en el culto y servicio de Dios nuestro Señor, y así saldrán hombres útiles para la sociedad y la familia, y sabrán salvar sus almas.

El único consuelo del padre discreto y sabio, su único gusto, lo cifra en tener junto á sí al hijo en las ocasiones solemnes de la vida, en el cumplimiento de los deberes esenciales. Considera, pues, ahora piadosamente el espiritual regocijo de San José cuando iba al Templo de Jerusalén á celebrar la Pascua llevando á su lado al jovencito Jesús lleno de inocencia, de gracia y sabiduría, siendo la admiración de todos porque, como dice San Jerónimo, en el rostro de Jesús reverberaba la misma llama de la Divinidad y se manifestaba la santidad de que estaba revestido; y, si eres jefe de familia ó tienes bajo tu dirección á otras personas, piensa que no te has de contentar cumpliendo tú solo los deberes de piedad, sino que has de dar cuenta de las almas de los demás, y por consiguiente con tus palabras y ejemplos has de procurar atraerlos al servicio de

Dios, á la asistencia al templo y al ejercicio de las virtudes cristianas.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. ¡Oh glorioso Patriarca! por la diligencia con que cumplisteis los deberes de la Religión, alcanzadme la gracia de una suma fidelidad á los mandamientos de la Iglesia.

OBSEQUIO. Si te es posible, visita hoy una iglesia ó altar dedicado á San José, ó cuando menos la imagen que tengas en tu casa.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVIII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

El Niño perdido.

Después que José y María, acompañados del buen Jesús, hubieron cumplido sus deberes de religión en el Templo de Jerusalén, pasados los días de la festividad de la Pascua, regresaron de Nazaret; pero,

sin que sus padres lo notaran, el divino Niño se quedó en el Templo. José y María hicieron una jornada de camino sin advertirlo; pero, al darse cuenta de que les faltaba el buen Jesús ¿cuál sería la amargura de su alma? Las dudas que les asaltaron sobre su paradero, los temores de una desgracia, los escrúpulos de si no habrían guardado bien el tesoro que el cielo les había confiado, les afligían sobre manera y henchían sus corazones de angustia indecible. La pérdida de un niño de doce años siempre aflige á sus padres, y mucho más si, como sucedía á José y á María, se encuentran fuera de casa. En los padres del buen Jesús la aflicción era mayor á causa del misterio que rodeaba al divino Niño, á quien habían visto desde su nacimiento objeto de vaticinios y pronósticos que le presentaban como destinado á dar vida á los hombres, pero mediante el sacrificio de sí mismo.

María y José no sabían prescindir de Jesús, no podían vivir sin él, y el temor de haberlo perdido los colmaba de amargura. Lo mismo debería sucederte á ti. Si fueres de Dios, no sabrás pasar sin él; el temor de perderlo será para tí el mayor motivo de aflicción que pueda sobrevenir-

te porque la pérdida de los intereses, de la honra mundana y aun de la propia vida no es tan terrible para el verdadero cristiano, como perder á Dios. Por esto la historia de los santos nos enseña que aquellos siervos de Dios daban con mucho gusto cuanto poseían, y hasta la propia vida, antes que consentir en abandonar al Señor.

El Sagrado Evangelista refiere que José y María buscaban al buen Jesús, entre los conocidos y parientes, porque, como los que concurrían al Templo eran en gran número, naturalmente podía ser que se hubiese juntado á alguno de los grupos de compatricios suyos que volvían á Galilea. No encontrándolo entre los que volvían de celebrar la Pascua en el Templo, José y María volvieron á Jerusalén. ¿Qué pensamientos ocuparían el alma de los santos Esposos? Tenían muy frescas en la memoria aquellas profecías admirables y tremendas que en el mismo Templo de Jerusalén habían oído acerca de la restauración de Israel, que debía verificarse mediante el sacrificio de Jesús y al entrar en la ciudad que había dado á tantos profetas y enviados de Dios, por fuerza el ánimo de los santos Esposos

debía estar preocupado con las triste-ideas de lo pasado y con los temores y los pronósticos de lo por venir.

Acompaña tú espiritualmente á José y á María en esta aflicción y, si ellos tuvieron motivos de entristecerse profundamente por haber perdido á Jesús sin culpa alguna de su parte, reflexiona ¡cuál debe ser la amargura del cristiano siempre que, seducido por el placer del pecado, pierde culpablemente á Jesús, única dulzura y felicidad del hombre! Pero si tú no te separas de María y José, si perseveras en la devoción á los santos Esposos, ten la seguridad de que Jesús no se apartará de ti, no te faltará la gracia y sentirás en tu corazón aquella fortaleza que dimana de Dios y nos asegura la vida del alma.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

Petición. Oh santo Patriarca, por el dolor que sentisteis al perder á Jesús, haced que no sepa vivir alejado de mi adorable Redentor.

Obsequio. Excítate á dolor de tus pecados y haz un fervoroso acto de contrición.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XIX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

De como José y María encuentran á Jesús en el Templo

El misterio de Jesucristo en el Templo en medio de los doctores de la Ley, siendo niño de doce años, es uno de los más interesantes de la vida del Salvador, porque entonces empezó á resplandecer á los ojos del mundo la Divinidad del Hijo de María. Se manifestó también entregado ya del todo al servicio de Dios, prefiriendo el Padre celestial á todos los afectos terrenos por muy nobles que fuesen, ya que Dios es el fin y término del hombre. Así lo verás, cristiano, en esta devota contemplación.

José y María buscan llenos de pesadumbre al buen Jesús, y por fin lo encuentran en el Templo, sentado en medio delos doctores, á los cuales oía y preguntaba acerca de las cosas que atañen á Dios nuestro Señor. Considera, primeramente, el lugar donde lo encuentran, que es el Templo,

habiéndolo perdido entre un gran concurso de gente; para que entiendas que entre las muchedumbres, con el trato y comercio del mundo, el hombre no sólo acostumbra relajarse y distraerse de sus deberes espirituales, si no que también suele perder á Dios. Al contrario, en la soledad del templo, en la quietud y reflexión de la casa de Dios donde las tinieblas de las pasiones suelen disiparse, el hombre es iluminado con luz bajada del cielo. Pondera además el gozo con que María y José abrazarían al divino Niño, el respeto con que lo mirarían en la casa de Dios, como quien estaba en su propia casa, admirado de todos los doctores de la Ley al encontrar tanta sabiduría en un niño de tan corta edad. La grandeza del misterio sobrecogió á los santos esposos, y por entonces no llegaron á explicarse la conducta del buen Jesús para con ellos. Por esto la Virgen María le preguntó: «Hijo, ¿por qué te has portado de este modo con nosotros? Tu padre y yo llenos de aflicción te hemos buscado.» — «Y ¿porqué me buscabais? respondió el divino Niño; ¿no sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que yo asista?»

El Evangelista dice que José y María

no entendieron por entonces el misterio de estas palabras, en apariencia algo desabridas para ser dirigidas á tan bondadosa Madre; y así la celestial Señora las guardó en su corazón, reflexionando sobre ellas. Para entender, cristiano, la palabra de Dios, se necesita un sentido particular; por esto ocurren ocasiones en que los sabios no la entienden y sí los ignorantes, porque les favorece la asistencia del Espíritu Santo; y por esto la doctrina de Jesucristo no fué entendida ni por los mismos Apóstoles que debían predicarla, hasta que después del sacrificio del Calvario el Espíritu Santo descendió á sus corazones para iluminarlos. Aun ahora muchos son los que no entienden la enseñanza que nos da el Niño Jesús quedándose en el Templo y separándose de sus padres; y sin embargo esta doctrina es la que aprendimos desde párvulos en los mandamientos de la Ley de Dios que nos ordena amarlo sobre todas las cosas, y de la misma doctrina está lleno el santo Evangelio, diciéndonos en diversos tonos que hemos de tener el corazón desasido de todo, hasta de las más nobles afecciones, para que no nos impidan la unión con Dios nuestro Señor.

Aprende, pues, ahora, oh cristiano, esta lección del Niño Jesús; haz que Dios sea el rey de tu corazón, y á ejemplo de José y María medita este principio fundamental de la fe: *has de ser todo para Dios y has de abandonar todas las cosas que te impidan llegar á Aquel que es tu principio y será tu fin por toda la eternidad.*

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, alcanzadme la gracia de comprender y practicar el mandamiento fundamental de amar á Dios con todo mi corazón, con toda mi vida y con todas mis fuerzas.

OBSEQUIO. Harás en este día tres actos de amor de Dios.

Lo demás como en la página 10.

DIA XX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

San José durante la juventud de nuestro Señor Jesucristo

El sagrado Evangelista, después de referir como José y María encontraron

al buen Jesús en el Templo de Jerusalén, añade lacónicamente que los tres santos personajes regresaron á Nazaret, y que Jesús estaba sujeto á José y á María, é iba creciendo en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesús es la autoridad suprema, es quien gobierna todo lo criado, el juez de vivos y muertos, y sin embargo se somete á San José que hacía con él las veces de padre, para dar á todo el mundo ejemplo de sumisión y obediencia. La desobediencia es la perdición del mundo. Por ella se perdieron los ángeles, por ella prevaricaron nuestros primeros padres Adán y Eva, y podemos decir que todo pecado no es sino una desobediencia. La vida entera de Jesucristo en el mundo fué una obediencia continua, vida que fué consumada con la muerte sufrida también por obediencia, no sólo á las disposiciones del Padre celestial, sino hasta á la sentencia injusta de un juez perverso.

Pero especialmente es digna de ponderarse la sumisión que tuvo durante su juventud nuestro Señor Jesucristo á S. José, porque ella exalta y engrandece la autoridad y la dignidad del glorioso Patriarca. Un Dios hecho hombre se pone á su

disposición, está sumiso á sus órdenes, le sirve como oficial en las tareas del oficio, y en la venerable tienda de Nazaret San José es verdaderamente amo y maestro del mismo Hijo de Dios. Nosotros por desgracia huimos de la obediencia, murmuramos de nuestros superiores creyendo tal vez que tenemos más méritos que ellos, y el buen Jesús, Hijo de Dios, no se desdeña de obedecer, antes lo hace con amor y humildad, al Carpintero de Nazaret, respetándolo como á padre y sirviéndole como á su verdadero amo.

En aquellos felices años que pasaron trabajando juntos Jesús y José en el pobre taller de carpintería, es claro que debía resplandecer y manifestarse la divinidad del primero, porque como dice el Evangelista, crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres; pero, según los decretos de la Providencia, San José debía recibir las revelaciones del misterio de Jesucristo con un fin diverso de los demás mortales. Los Apóstoles, favorecidos con las luces de la revelación, lograron penetrar los secretos de la Divinidad para pregonarlos por todo el mundo y darlos á conocer á toda humana criatura; San José adquirió el

conocimiento de esos mismos secretos para tenerlos reservados y guardarlos fielmente como el cajero guarda un tesoro. Así vemos que el Santo Patriarca guarda el secreto que le comunicó el ángel de que su Esposa había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y mantiene en una gran reserva las demás revelaciones que recibe de parte de Dios, los cánticos de los ángeles en el portal, la adoración de los Magos, las profecías hechas en el Templo. Las luces que logró con el trato familiar y continuo de Jesús, en vez de publicarlas por el mundo, las guarda en su corazón, porque lejos de desear la fama y la honra que le proporcionarían delante de los hombres sus relaciones paternales con el *Deseado de las naciones*, prefiere la vida oculta, se contenta con disfrutar á solas de Dios, y su corazón humilde no se complace sino en hablar familiarmente con Jesús. ¡Oh vida verdaderamente preciosa la del que huye el mundanal ruido y busca la felicidad en la sabiduría cristiana que se encuentra en el humilde ejercicio de las virtudes, en la práctica de la piedad y en la elevación del corazón sobre todas las cosas de la tierra! Hacedme la gracia, oh

glorioso Patriarca, de que á ejemplo é imitación vuestra sepa seguir este camino que asegura la paz de la vida presente y la felicidad eterna en la otra.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadme, santo Patriarca, que ame la vida modesta y retirada, y que en ella encuentre la paz del corazón.

OBSEQUIO. En honor de San José guarda hoy particularmente la discreción en las palabras.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Amor de correspondencia de Jesucristo á San José

Podemos decir que toda la vida de San José estuvo consagrada á Jesucristo, al modo que, generalmente hablando, la vida de los padres está dedicada al sustento, crianza y direción de los hijos. Los

padres trabajan para los hijos; todos los deseos, proyectos y empresas de los hombres honrados se dirigen á procurar el bien de los hijos que el cielo les ha dado, de suerte que con toda verdad se puede afirmar que ellos forman el objeto de su vida. Los padres viven, piensan, trabajan, disfrutan y padecen por sus hijos; y esta identificación entre el padre el hijo la encontramos en grado eminente entre San José y nuestro Señor Jesucristo, porque la excelencia del Hijo hacía naturalmente más vivo el amor que el Padre le profesaba. Los ángeles fueron todos criados para asistir y servir á Dios; por eso están siempre dispuestos á cumplir sus mandatos, sin cesar cantan sus alabanzas y se ejercitan en su amor; pero aun podemos considerar verdaderamente á San José en relaciones más íntimas que las de los ángeles, con el Verbo encarnado porque es su padre nutricio, es decir, que le sustenta, le enseña un oficio con que ganarse la vida, y con todo rigor teológico se puede decir que San José ayuda á todo un Dios á ser hombre, porque le protege hasta que ha llegado á la edad en que el hombre puede valerse á sí mismo.

Recuerda aquella doctrina enseñada por nuestro Señor Jesucristo: que Dios no deja sin recompensa ni un vaso de agua fría dado por su amor á los pobres, y comprenderás el cariño con que nuestro Señor Jesucristo debía corresponder á San José que le había prodigado tantas caricias y á quien debía tantos beneficios y obsequios. Si amor con amor se paga, hasta entre los hombres ingratos, ¿cómo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, no había de pagar con inefable ternura al glorioso Patriarca las sinceras muestras de afecto que de él había recibido?

De aquí puedes colegir, oh cristiano, la felicidad de la vida de San José. Fué vida humilde, modesta y laboriosa, el mundo no la estimaba en nada; pero el Dios humanado era su compañero, con él tenía suavísimas expansiones y el solo amor de Jesucristo vale más que el de todas las criaturas de la tierra; por esto dice la *Imitación* que, mientras tengas á Jesús por amigo, no debes temer, aunque todo el mundo te sea contrario. En efecto, procura tener buena conciencia, acostúmbrate á la vida retirada y doméstica y ten por cierto que tu felicidad será mayor que la de los poderosos del siglo,

pues Dios se comunica y traba amistad con aquellos que, habiéndose desligado de la esclavitud del mundo y obtenido la libertad de hijos de Dios, se guían por la fe que nos enseña que la tierra no es el lugar de nuestro descanso y que sólo del cielo, donde mana la fuente de la felicidad, pueden venir la paz y el gozo espiritual.

No parece sino que el santo Patriarca hasta el día de hoy está como rodeado de una atmósfera de felicidad humana; siempre se nos muestra serena y amorosa su virginal figura, y cuando se le acercan sus devotos pidiéndole su celestial protección, sienten un interior consuelo que revela una influencia divina y suaviza las amarguras de la vida en este valle de lágrimas. Imita, cristiano, al glorioso Patriarca, y en vez de buscar la publicidad, las pompas mundanas y la vanagloria, ama la vida modesta y adicta al cumplimiento del deber, y recibirás el premio de una vida feliz, propiedad exclusiva de los humildes, pues Dios les hace gustar anticipadamente la inefable felicidad de la gloria en recompensa de haber dejado por su amor los deleites sensuales.

Medita estas verdades y pide á Dios,

por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Haced, oh santo Patriarca, que conozca los inmensos beneficios que he recibido de mi Criador y Redentor, y que sepa corresponder á ellos con verdadera gratitud.

OBSEQUIO. Reza hoy tres *Credos* á la Santísima Trinidad en acción de gracias por los beneficios recibidos.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Muerte de San José

Dice un adagio que *cual es la vida, tal es la muerte;* y efectivamente fuera de algunos casos extraordinarios, cuyas causas no es dado al hombre escudriñar, siempre, y es muy natural que así suceda, la muerte de una persona corresponde á su vida. La muerte es un término y cada uno llega á aquél cuyo camino ha tomado; ó, como dice la Escritura, el árbol, al ser cortado, cae del lado hacia el cual

tiene la inclinación, ya sea á la parte del norte ya á la del mediodía. Quien sigue el camino de Dios, entrará por la puerta de Dios; quien sigue el camino del demonio, se hundirá en el abismo. Esta verdad de sentido común la vemos continuamente confirmada por la experiencia, y los casos contrarios en que después de una vida perversa viene una muerte santa, como sucedió al buen Ladrón, sirven más para demostrar la misericordia de Dios, que para alimentar una vana confianza que llevaría á la perdición.

Tal será pues, la muerte, cual haya sido la vida; y de aquí podrás colegir la muerte preciosísima de San José, objeto de las alabanzas de la Iglesia, de sus devotos y hasta de los artistas que muchas veces la han reproducido en cuadros admirables. El Evangelio nada dice de la muerte de San José, y es porque no necesitábamos sus explicaciones, pues basta tener entendimiento para comprender cuál había de ser el fin del fidelísimo Patriarca, del virginal Esposo de María, del amorosísimo Padre adoptivo de Jesucristo. Contémplalo, cristiano, como sale del mundo lleno de méritos, adornado de todo género de virtudes y amado de Dios

con amor filial. Ha cumplido su misión sobre la tierra, ha aprovechado el tiempo de la vida, y ahora se encuentra, según una comparación de la Sagrada Escritura, como el labrador que en la época de la siega vuelve alegre á su casa llevando al hombro las gavillas de trigo. ¡Oh cuán admirablemente cumplió su misión San José! Si el hijo es corona del padre ¿cuál será la corona de este justo que sale del mundo dejando á un Hijo que ha de ser el Salvador universal? ¿Cómo había de temer San José el juicio de Dios, sabiendo que su juez era el mismo á quien había criado en sus brazos y había alimentado con el sudor de su rostro? Debió, pues, salir del mundo con una tranquilidad cual jamás la haya tenido otro hombre, y el paso á la eternidad, de suyo tan temible y tenebroso, se presentó á los ojos de San José iluminado por el Sol de justicia, Cristo Jesús, que le hizo el tránsito sumamente dulce y consolador.

San José tuvo una muerte admirable aún en cuanto á las congojas que preceden á la muerte, á los dolores y sufrimientos del cuerpo que, á semejanza de un edificio que está á punto de derrumbarse, nota sensiblemente que se arruina

y empieza á sentir los efectos de la corrupción de la carne, en cumplimiento de la sentencia fulminada contra nuestros primeros padres y su descendencia en castigo del pecado. Mírale asistido por María y por Jesús. María es la enfermera, la que le cuida y asiste, la que prepara y le da las medicinas; Jesús es su consolador.

El gran Sacerdote de la humanidad, el que había de instituir un sacerdocio que entre sus más augustas funciones cuenta la de asistir espiritualmente á los enfermos y ayudar á bien morir con los consuelos de la divina palabra á los hombres que buscan á Dios ¿cómo no había de cumplir él mismo este oficio de caridad á la cabecera del lecho de su padre nutricio San José, empezando ya á iluminar su alma con los resplandores de la gloria que le tenía destinada? Y si la palabra de Dios, hasta cuando la proporciona un miserable pecador investido del carácter sacerdotal, es bálsamo que inmortaliza al hombre ¿qué efectos tendría esta palabra para consolar á San José moribundo saliendo directamente de la boca de Aquel que es espíritu, vida y resurrección del hombre?

¡Oh, Dios mío y Señor mío! por la muerte preciosísima de San José humildemente os pido feliz término de mi carrera; y vos, glorioso Patriarca, asistidme en aquella hora é interceded por mí.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Ayudadme, oh glorioso Patriarca, á imitar vuestras virtudes, para que logre la dicha de tener una muerte semejante á la vuestra.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* á S. José, abogado de la buena muerte.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXIII

Se empieza como en la página 6.

San José, aguardando con los santos del Antiguo Testamento la Redención de Jesucristo.

Contempla hoy, cristiano, una de las épocas más interesantes de la vida de San José, es decir, considéralo después que su bendita alma hubo salido de este mundo,

en compañía y sociedad con todos los justos de la antigua Ley, que estaban privados de la clara vista de Dios hasta que el divino Redentor les abriese con su muerte las puertas de la gloria.

Todo el tiempo que precedió á la venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo fué tiempo de esperanza para los justos; de ella vivían, y hasta esperaban después de su muerte detenidos en el seno de Abrahán. Por lo poco que nuestra flaca inteligencia puede comprender de esos inefables misterios, creemos que cierta melancolía ó sentimiento por verse privados de la posesión de Dios, debía entristecer las almas de los patriarcas, profetas y demás justos que tan vivos deseos, y algunos de ellos tan claro conocimiento, tenían del Mesías ó Redentor. Allí se encontraban Adán y Eva, padres de nuestro linaje, que, habiendo reconocido su culpa inmediatamente después de cometido el pecado, oyeron del Padre mismo de las misericordias la promesa de su redención, la seguridad de que un día uno de sus retoños dominaría y vencería al espíritu del mal. Allí se encontraba el profeta Isaías, que había hecho una pintura acabada del divino Redentor y Salvador de